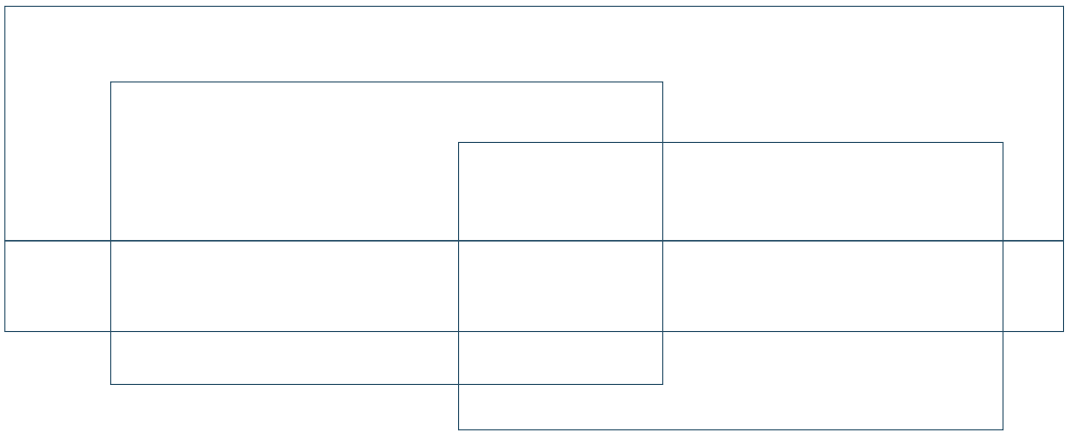
RESTOS
DE LA CULTURA – DE LA BARBARIE

El trabajo de la memoria

La reliquia y el trabajo del duelo

Pierre Fédida



Traducción crítica y aparato filológico por Nicolás Vallejo

Edición y dirección de la colección: Nicolás Vallejo
Restos · Cuadernos de lectura

RESTOS · CUADERNOS DE LECTURA

El trabajo de la memoria

La reliquia y el trabajo del duelo

Pierre Fédida

Nouvelle Revue de Psychanalyse, n.º 2 · Objets du fétichisme · 1970 · pp. 249–254

Título original: *La relique et le travail de deuil*
Traducción crítica y aparato filológico por Nicolás Vallejo

> *«…el duelo debe cumplir una misión psíquica definida que consiste en establecer una separación entre los muertos, por un lado, y los recuerdos y las esperanzas de los supervivientes, por el otro.»*
>
> — Sigmund Freud, *Tótem y tabú* (1912–1913).

La reliquia es lo que del muerto se conserva para garantizar, en nombre de la realidad, que no retornará. Esto equivale a decir, desde ya, que el ritual ligado al culto de las reliquias — tanto en el mito individual como en la creencia colectiva— no desconoce la omnipotencia de los desaparecidos. «Sabemos —dice Freud— que los muertos son soberanos poderosos»[1]. Tal como lo atestigua el trabajo del duelo, enterrar a los propios muertos no es asunto fácil cuando uno lo emprende en soledad.

Porque recoge, en la materialidad de un resto tan familiar como irrisorio, la extraña virtud del cuerpo ausente, la reliquia le otorga a la realidad su derecho de necesidad y, por el ritual del culto privado que instaura, desafía, en el trabajo del duelo, las apariencias de la muerte. Si, como lo sugiere Freud, el trabajo del duelo debe conducir al Yo, al cabo de una rebelión, a aceptar el riguroso veredicto de la realidad, la reliquia cobra sentido en el deseo de conservar algo de aquello de lo cual uno se separa sin, por ello, deber renunciar a separarse. Fragmento de un cuerpo desaparecido en el que se recoge el recuerdo del ser en su totalidad, la reliquia es un objeto sacralizado que, a favor de una verdadera irrisión de lo cotidiano, le prohíbe al desaparecido residir en adelante entre los hábitos cotidianos y le asigna por morada algunos pobres restos retenidos de él o sustraídos de su apariencia. «Los muertos matan», dice Freud. La reliquia realiza el compromiso ilusorio del que el hombre se sirve para resistir a la angustia de muerte y, así, no llegar jamás a hacer coincidir una representación de la muerte con la necesidad devenida destino de un *no más*[2]. La angustia de muerte, en tanto tiene un lazo estructural con la angustia de castración, plantea, en lo relativo a su resolución, toda la cuestión de un resto posible, inalterable e indestructible, que se conserva más allá de toda separación. Que exista, preservando de la pérdida completa y definitiva, un reliquat que se oculta para descubrirlo mejor con posterioridad[3], conlleva el reconocimiento de que solo el recuerdo —reliquia por excelencia de los muertos— nos evita la intolerable revelación de nuestra propia

[1] S. Freud, Tótem y tabú, cap. II. [N. del T.: Fédida cita la versión francesa de Payot, p. 76].
[2] N. del T.: En francés un ne plus, traducción metapsicológica del término freudiano para designar el cese irreversible de la presencia del objeto.
[3] N. del T.: Traducción de après-coup (el Nachträglichkeit freudiano).

muerte. En este sentido, Freud tiene razón al poner el acento en la prima narcisista que, una vez roto el lazo con el objeto aniquilado, la realidad termina por conceder al deudo, a saber: la ventaja reconocida de «permanecer con vida»[4], es decir, de conservarse a sí mismo.

Inversamente, se sabe que el acontecimiento psicótico puede intervenir ya sea a título de una negación de la realidad que procura una conservación imaginaria del objeto perdido en una investidura alucinatoria, o bien bajo la forma de una irrupción brutal de la muerte (suicidio o homicidio) en la vida del que queda. Así, tanto como preserva de la amenaza que los muertos hacen pesar sobre los vivos, la reliquia introduce en estos últimos la mediación necesaria para la conservación de su propia vida.

Ni talismán ni fetiche, la reliquia responde sin embargo —prueba de la realidad en mano— que, a despecho de un saber sobre la separación, hay que creer que algo subsiste. Para lograrlo, el objeto-reliquia triunfa en su función de duelo mistificado al precio de un juego de inversiones de las cuales algunas son inmediatamente reconocibles. A saber, en primer lugar, las relaciones interdependientes entre lo familiar y lo extraño, lo repugnante y lo precioso, lo cotidiano y lo insólito, o bien lo habitual (o útil) y lo inutilizado. En la práctica ritual privada ligada al recuerdo del difunto a continuación del duelo, se puede observar esta costumbre de conservar de él ya sea un fragmento del cuerpo (cabellos, dientes...) o bien un adorno, o incluso un objeto de apariencia insignificante que le haya pertenecido en propiedad. La reliquia es aquí, total o parcialmente, ajena a la idea de un valor objetivo que se le pudiera reconocer al objeto. Es, al contrario, en el juego de sentido introducido entre los opuestos donde parece decidirse el valor de reliquia conferido a dicho objeto. Nos encontramos, pues, en presencia de un fenómeno cuya importancia subrayó Freud, en particular a propósito de lo ominoso (*Das Unheimliche*)[5] y también en referencia al tabú. Según determinaciones inconscientes análogas, la reliquia extrae su sentido —a la vez su naturaleza y su poder— de la inversión posible de una significación del objeto en su significación contraria. Sería mejor decir que la reliquia es el objeto por el cual se produce y al cual se remite el pasaje de una significación a la otra. Es así como un objeto que perteneció en propiedad al difunto y que, como tal, participó de sus actos familiares, no «puede» ser arrojado: conservado por los supervivientes que le estaban ligados, instaura para ellos otra percepción; a condición de que se ponga fuera del uso común y pierda toda utilidad, se mantiene y se inmoviliza en la posición de objeto de un culto privado. Así, retenido en el corazón de lo cotidiano, cesa no obstante de comunicar y de intercambiar, a través de una función de uso, con los demás objetos domésticos.

¿Cómo definir entonces la reliquia en su estatuto de realidad?

Fragmento material extraído de un cuerpo desaparecido, la reliquia da derecho a una visibilidad de lo oculto. En la muerte, lo que está oculto es, según una primera evidencia, la descomposición del cadáver, su destrucción progresiva. Tal como lo atestiguan los niños en las preguntas que plantean con respecto a la desaparición del muerto, la inhumación define el sentido de lo oculto al nivel de la búsqueda de una representación

[4] S. Freud, «Duelo y melancolía» (1917 [1915]).

[5] N. del T.: Fédida alude al célebre ensayo de Freud de 1919, donde das Unheimliche es definido como aquello que, siendo familiar (heimlich) y doméstico, ha sufrido un retorno de lo reprimido o desmentido deviniendo inquietante o siniestro.

visual del revés de las cosas y de su conformación subterránea[6]. Con la reliquia, aquello de lo que el muerto se ha separado y que, por los supervivientes, es retenido y conservado, manifiesta el poder de mantener visible —no descompuesto y al abrigo de todo aniquilamiento— lo que del muerto debe permanecer oculto o quedar fuera de toda representación. La repugnancia ante la idea del cadáver descompuesto pertenece, salvo en un modo perverso[7], al orden de lo intolerable. En este sentido, se podría decir entonces que la reliquia, que en sí misma es un resto irrisorio y repugnante, coloca al cadáver y a su putrefacción fuera de toda representación.

Como lo recuerda Freud, «es el cadáver el que proporcionó la primera noción del mal espíritu»[8]. El fragmento del muerto devenido reliquia entra en el régimen visual del objeto y atestigua así una suerte de límite necesario de la representación de la muerte. La plena visibilidad de la reliquia asegura la creencia contra la angustia de la destrucción. Pero para que sea así, es preciso que esta reaseguración de la muerte en la realidad se acompañe de una función de participación en su misterio. Si entonces la realidad oculta de la muerte y su sentido radical deben ser rechazados fuera de toda representación, la creencia que se adhiere a las reliquias sustituye al saber de esa realidad el saber secreto de que hay un resto cuya conservación desafía las apariencias y cuyo poder de realidad no es menor para atestiguar que no todo de la muerte puede ser conocido. Sobre el modo de una desmentida (*Verleugnung*), para escapar al dolor de la separación y sustraerse a la alucinación de un deseo, el superviviente constituye la reliquia en una suerte de realidad acrecentada o, mejor dicho, de sobre-realidad. Añadamos que las prohibiciones relativas al contacto en el tabú podrían esclarecer útilmente, en otro registro —el de la instrumentalidad del objeto— esta confirmación de una realidad indestructible por la insistencia de su visibilidad.

Nos vemos pues confrontados, sobre la base de esta primera descripción y sin prejuzgar sobre otro nivel de interpretación, a la cuestión de la relación saber-creencia en la significación que toma esta relación con respecto a la realidad. Precisamente, Freud plantea esta cuestión no a propósito del duelo sino en su estudio sobre el fetichismo[9]: la creencia por la cual el niño persiste en atribuir un falo a la mujer, cuando sabe —realidad en mano— que carece de él, instaura la existencia del fetiche. La *Verleugnung* (renegación o desmentida) no concierne al afecto (sujeto al proceso de represión) sino a la representación inherente a la creencia a la vez conservada (la mujer posee un pene) y abandonada. El fetiche interviene pues en lugar de un creer para sustituirlo y a fin de salvar el reconocimiento de la pérdida en la realidad. La instauración del fetiche responde a la búsqueda de un compromiso: ¿cómo salvar algo de lo que no existía cuando la pérdida (castración) no puede ser tolerada (horror a la castración) y cuando la creencia en la existencia de ese objeto ausente solo podría ser preservada sobre el modo de una investidura homosexual imaginaria? Freud escribe: «Sí, en su psiquismo la mujer posee sin embargo un pene, pero ese pene ya no es el mismo que era antes». Y añade: «Se ve ahora lo que el fetiche lleva a cabo y aquello por lo que se mantiene. Permanece como el

[6] E. Jones ha ligado estrechamente esta curiosidad por el revés de las cosas al erotismo anal. En el mismo sentido, señala el interés por los subterráneos, los canales, los túneles. A su secuencia, K. Abraham señala que este rasgo puede ponerse en relación con el olvido de las deudas y, a la inversa, con el deseo de estar a mano.

[7] Un estudio completo de las significaciones de la reliquia en psicopatología no podría descuidar un reexamen del problema al nivel de las perversiones tales como la necrofilia y la coprofilia. Krafft-Ebing cita numerosos casos donde trozos del cuerpo son objeto de fetichización perversa.

[8] S. Freud, Tótem y tabú. Freud estudia allí la transformación del muerto en un demonio por vía de la proyección.

[9] S. Freud, «El fetichismo» (1927).

signo de un triunfo sobre la amenaza de castración y una protección contra esa amenaza». Se deducirá que el fetiche le permite al sujeto aceptar, en un saber reconstituido, el «veredicto» de la realidad: la mujer no tiene pene. No por ello deja de ser el vestigio necesario que ha tomado el lugar de la creencia abandonada y que detiene el saber sobre una realidad probada por su entera visibilidad. Como lo precisa Octave Mannoni: «El fetichista ha repudiado la experiencia que le prueba que las mujeres no tienen falo, pero no conserva la creencia de que tienen uno: conserva un fetiche porque no lo tienen»[10]. En fin, si este saber excluye que algo permanezca oculto detrás de la ausencia (si no, nada garantizaría al fetichista contra la angustia de un «pene-aparecido»), es en razón del borramiento del recuerdo: «En la instauración de un fetiche —escribe Freud— parece más bien que nos las vemos con un proceso que recuerda la detención del recuerdo en la amnesia traumática».

La relación que mantiene solidarias a la angustia de muerte y a la angustia de castración encontraría aquí, se puede decir, una nueva confirmación. Si el fetiche no tiene nada de reliquia, ni esta es un fetiche, no se puede dejar de estar impresionado por la homología de dos procesos que conducen, con argumentos diferentes —en un caso la muerte y en el otro la castración— a acceder en la realidad a formaciones sustitutivas con valor de compromiso. Estas formaciones se designan diferencialmente como reliquia y como fetiche. De cierta manera, hemos dicho, la reliquia tiene también, en el duelo, una función de detención: pero al sacralizar el recuerdo del desaparecido, permite de otra manera su olvido. Sin embargo, si el régimen psicopatológico de la reliquia es el de la neurosis obsesiva, el del fetiche no se designa perversión sino una vez comprendido el sentido que compromete la *Verleugnung* desde el punto de vista de la escisión del Yo (*Ichspaltung*). Citando el caso de dos jóvenes a propósito del problema de la diferencia entre neurosis y psicosis, Freud se expresa así: «El análisis de los dos jóvenes me enseñó que uno y otro no habían tomado conocimiento de la muerte de su padre amado en su segundo y décimo año; la habían escotomizado. En este caso un trozo ciertamente significativo de la realidad había recibido una desmentida del Yo, al igual que en el fetichista la desagradable realidad de la castración de la mujer». Y, en la secuela de la observación, Freud muestra cómo la escisión entre dos actitudes (no reconocer esa muerte —afirmación del deseo; tenerla perfectamente en cuenta —afirmación de la realidad) era, en uno de los casos, «la base de una neurosis obsesiva». Del mismo modo en el fetichista: «en casos muy sutiles, es en la construcción misma del fetiche donde tanto la desmentida como la afirmación de la castración han encontrado acceso». La comparación introducida por Freud al respecto de la escisión entre neurosis obsesiva y perversión fetiche nos autoriza a pensar que si en ambos casos se trata de un perder y de un conservar cuya oposición es resuelta por un compromiso-detención, a favor de una verdadera transvaloración de la realidad, la reliquia no concierne exclusivamente a la clínica de las neurosis sino que es propia para replantear, a otro nivel, la cuestión de lo que designa en relación con el fetiche, en el seno de la psicosis.

Constituida como valor en sí, la reliquia parece prohibir el dinero —a menos que represente de él el paradigma psicoanalítico comprometido en el estatuto de la analidad. No pudiendo ser ni comprada ni vendida, la reliquia solo puede ser transmitida o robada. Su conservación, entendida en el sentido en que está sustraída al comercio del

[10] O. Mannoni, Clefs pour l'imaginaire ou l'autre scène, París, Seuil, 1969.

intercambio y donde resiste a toda destrucción, está pues garantizada por el hecho de que de ninguna manera es monetizable. Y si llegase a ser evaluada, el dinero que diera su precio probaría en retorno su calidad ante el juicio irrisorio del común.

¡He aquí una razón más para conservarla!

La conservación a menudo acumulativa de objetos-reliquias por los neuróticos establece claramente la significación psicológica que conviene otorgarles: objetos de todo tipo que ya no sirven para nada pero que, apartados de la práctica del intercambio, son sustraídos al rechazo y a la destrucción, manteniendo aún lazos de dependencia afectiva que se remiten a la imagen arcaica de un cuerpo desaparecido. El estatuto de analidad que el psicoanálisis puede reconocerle a la reliquia precisa su significación tanto con respecto al duelo como bajo la luz del análisis de los procesos melancólicos.

INFORMACIÓN EDITORIAL

Edición y dirección de la colección
Nicolás Vallejo. La responsabilidad editorial comprende la preparación, traducción cuando corresponda y composición de esta edición de lectura, y no implica autoría del texto original.

Fuente y alcance
Pierre Fédida, «La relique et le travail de deuil», *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, n.º 2, *Objets du fétichisme*, Gallimard, 1970, pp. 249–254. Datos consignados en el PDF español suministrado.
Reedición íntegra de la traducción española suministrada, con sus diez notas. Se corrigen erratas gramaticales evidentes y se recompone en una columna. Esta intervención editorial no incluye un nuevo cotejo con el original francés.

Circulación y uso
Material de circulación educativa, académica y cultural. Edición preparada para su utilización en seminarios, cursos y espacios de formación a cargo de Nicolás Vallejo. Distribución no comercial. Sin fines de lucro. Venta prohibida.

Derechos
Se reconocen los derechos de autores, editoriales y demás titulares. Toda traducción propia se presenta como edición de lectura y no como traducción oficial o autorizada, salvo indicación expresa.

Restos · **Cuadernos de lectura** · Serie: *El trabajo de la memoria*. Edición y dirección de la colección: Nicolás Vallejo.

CITA BIBLIOGRÁFICA SUGERIDA Fédida, Pierre. «La reliquia y el trabajo del duelo». *Restos · Cuadernos de lectura*, serie *El trabajo de la memoria*. Edición y dirección: Nicolás Vallejo, 2026. Fuente original: *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, n.º 2, 1970, pp. 249–254.